



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 30 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

10 Agosto 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

PRECIOS DE SUSCRICION PARA ESPAÑA Y PORTUGAL.

1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.

MADRID.		PROVINCIAS.	
Un año...	30,00 ptas.	Un año...	36,00 ptas.
Seis meses...	15,50 »	Seis meses...	18,50 »
Tres meses...	8,00 »	Tres meses...	9,50 »
Un mes...	3,00 »		

2.ª EDICION.—ECONÓMICA.
Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.

MADRID.		PROVINCIAS.	
Un año...	18,00 ptas.	Un año...	21,00 ptas.
Seis meses...	9,50 »	Seis meses...	11,50 »
Tres meses...	5,00 »	Tres meses...	6,00 »
Un mes...	2,00 »		

3.ª EDICION.
ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.
Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.

MADRID Y PROVINCIAS.	
Un año...	13,00 pesetas.
Seis meses...	7,00 »
Tres meses...	3,50 »

4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.
Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.

MADRID.		PROVINCIAS.	
Un año...	27,00 ptas.	Un año...	29,00 ptas.
Seis meses...	14,50 »	Seis meses...	15,50 »
Tres meses...	7,00 »	Tres meses...	8,00 »
Un mes...	2,50 »		

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demas puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en las provincias de España. Agentes generales. — En la REPUBLICA ARGENTINA y en la del URUGUAY D. Federico Real y Prado. — En la de CHILE D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.—Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Vestido de muselina para niña. — Vestido adornado de plisés para niña. — Vestido plegado para niña de 4 años. — Vestido de crochet para niño de 7 años. — Vestido de verano para señorita. — Vestido con paletot. — Mangas elegantes para vestidos. — Capota de paja inglesa para señora. — Capota adornada de lazos y flores. — Manga de punto de aguja y crochet. — Rizado de crespon para golas ó fichús. — Pantalla bordada. — Entredós bordado en tul. — Canastilla bordada. — Iniciales con corona para pañuelos. — Almohadon bordado con trencillas. — Bolsa para el calzado. — Sillon de tijera para jardín. — Puntillas de crochet y trencilla. — Galon bordado á punto de cruz. — Punto de aguja para fondo. — LIT. RATURA: Las noches de Young, traducidas por María Antonia Gonzalez de A. — Las dos amapolas, poesia, por José Selgas. — ¡Allá!, poesia, por Ezequiel Llorach. — La vecina del cuarto tercero, por Salvador María de Fábregues. — El balsamo de las penas, por Angela Grassi. — Ecos de la corte, por Víctor Cuende. — Correspondencia. — Variedades. — Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. VESTIDO PRINCESA PARA NIÑA.

Es para niña de 12 años, y patron encontrarán nuestras lectoras en el mes de Junio; el traje que presenta el núm. 1 es de muselina ó de piqué, adornada la falda con dos volantes, bordados en blanco, y con cabecillas, descansando cada uno sobre un plegado de la tela del vestido; el plaston se compone de bullones y entredós bordados, repitiéndose á cada lado una guarnicion bordada cerrando, bajo una de ellas, con botones invisibles; las mangas repiten el mismo adorno de plegado y entredós; el núm. 2 presenta el mismo traje en Oxford rayado, con plegados, de 10 cents. de ancho, y bieses de otro tono.

3 Á 6. MANGA DE PUNTO DE AGUJA Y CROCHET.

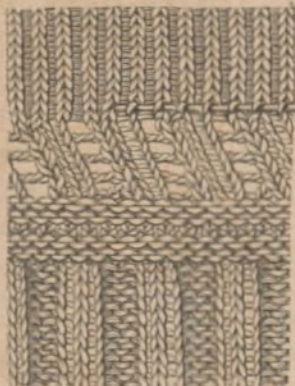
Materiales: Algodon núm. 6, hilo fino, agujas de dos tamaños.

Esta manga ó puño, muy cómodo para señoras de edad, va presentada en el número 4, completa, y en ella la parte superior con hilo fino, sirve sólo para el volante doble.



1. Vestido princesa de muselina para niña. (Véase el núm. 2).

Móntanse con algodón 95 puntos en cuatro agujas y se forma círculo, como para una media, haciendo de 40 á 50 vueltas, siempre dos del derecho y dos del revés; el entredós lleva una vuelta lisa, 2 del revés y una lisa, y el calado le forman 1 lis., 1 meng. cruzado, una trabilla, 1 liso, y se repite desde la señal*, repitiéndose de este punto tres vueltas, y terminando el entredós, como se empezó (véase el núm. 5). Hácense algunos menaguados en estas últimas vueltas, y siguen despues de 40 á 50 vueltas con 88 puntos. 4 rayas, de 2 pto. del derecho y 2 del revés, y despues se hacen 20 vueltas lis., y entónces, para empezar el volante, se aumentan 10 pto. á distancias iguales. El núm. 3 muestra extendida una parte del volante, hecho con hilo más fino, y durante 6 vueltas se hacen 6 pto. del derecho y 2 del rev., alternando, hasta que en la sétima vuelta comienza ya el pliegue con 2 del rev., 2 lis., 1 trab.,



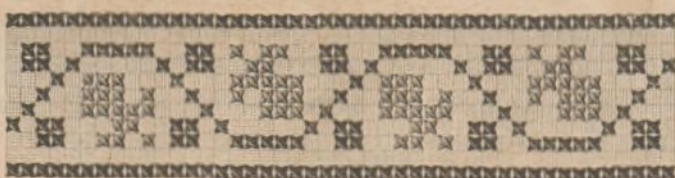
3. Volante rizado para la manga núm. 4.



4. Manga de punto de aguja y crochet. (Véanse los núms. 3, 5 y 6).



6. Punto de aguja para fondos.



7. Galon bordado á punto de cruz.

7. GALON BORDADO Á PUNTO DE CRUZ.

Está hecho con dos colores, sobre cinta tricot, y sirve para ropas de niños, ó trajes de viaje y campo para señora.

8 Y 9. CAPOTA DE PAJA INGLESA.

El ala es muy original: partida en el centro y forrada de terciopelo negro; la parte derecha luce el forro, mientras que la otra caída va cubierta por pluma desmayo y granos de avena; el fondo se adorna de faya blanca, en un biés de 12 cents., y otro de gasa, retorcidos, del color de la pluma. Bridas de cinta.

10 Y 11. PANTALLA BORDADA Á FESTON.

Es muy á propósito para lamparilla de noche, y cada una de las cinco partes del pequeño biombo es un pedazo de seda verde, armado en bambú, y bordado en él un ramo á punto de feston, que muestra, de tamaño natural, el núm. 11, y está hecho conseda de coser de diferentes colores. Las hojas y tallos se bordan con diferentes verdes, y las flores y hojas con rosas matizadas de color



2. Espalda del vestido núm. 4.

madera. Este modelo tiene, con el adorno de arriba de junco, 32 cents. de alto, y cada bastidor bordado 20 de altura por 9 de ancho.

12. ENTREDÓS BORDADO EN TUL.

El tul es del llamado griego, y se borda con seda blanca, y de color en los perfiles, pudiendo emplearse para entredós de vestido de muselina ó fichús.

13 Y 14. CANASTILLA-BANDEJA.

Materiales: Tela gris ó azul, algodón y cinta azules, carton.

Esta canastilla, con bolsillos á los lados, se pliega y extiende con gran facilidad, y para ella se cortan dos exágonos de tela azul y gris, de 26 cents. de ancho, y en el gris, que es para adentro, se borda á punto de cruz con azul cualquiera de los infinitos modelos de esta clase que tenemos

publicados, y entre los dos círculos de la tela se fija el carton de la misma forma, sujetándolo al rededor con un punto de color; tres de los seis frentes de carton que llevan bolsillo, se ribetea por arriba de cinta azul, y despues de armados como el exágono del fondo, se cose con un excedente de tela que forma fuelle, al otro frente que rodea la cesta; los otros llevan sólo un carton entre las dos telas correspondiente, y se cosen todos al fondo, sujetándolos de arriba por lazos que se atan y desatan para dar forma á la canastilla. Una puntilla de hilo guarnece cada frente por arriba, y el asa es una ballena, vestida de la misma tela, y con un agujero en cada extremo para sujetarla con lazos. Sirve para tarjetas ó depositar objetos de uso diario.

15 Y 16. VESTIDO PLEGADO PARA NIÑA DE 4 AÑOS.

(Patron: en números anteriores.)

Plegados de 6 cents., bieses orillados de blanco y un bordado encarnado y azul, forman el adorno de este vestido de hilo gris: la espalda plegada va montada á un canesú, bajando los pliegues hasta mitad de falda, donde los terminan volantes plegados, continuando el último todo alrededor. Cuello, vueltas y bolsillos orillados de bordado, así como los bieses que cierran el plaston. El mismo grabado muestra el vestido por delante y por detras.

17 Y 18. VESTIDO DE CROCHET PARA NIÑO DE 2 AÑOS.

Puede hacerse con lana céfiro azul, á crochet tunecino, empezándole por abajo con una cadeneta de 74 puntos: para nesgar los delanteros se aumenta un punto cada dos vueltas despues del primero, y al volver se principia volviendo dos en lugar de uno: despues de 16 vueltas se comienza á menguar, y, como siempre que explicamos labores de punto, recomendamos como el sistema mejor ir ajustándola á un patron ó á otro vestido que tenga la misma forma. Para obtener el biés nesgado del hombro, es preciso ir rematando las vueltas desiguales, segun el patron indique, unas veces al empezar y otras á la otra orilla, y otro tanto hay necesidad de ejecutar en los escotes de cuello y manga, reforzándolos despues con una cadeneta para darles mejor forma: otro tanto hay necesidad de hacer con todos los bordes del vestido, esto es, reforzarlos con una cadeneta de puntos dobles, y sobre ella se añaden otras dos, una calada y otra lisa, haciéndole además encima una puntilla blanca en todos los bordes. La manga se comienza por abajo con 13 puntos, y desde la vuelta 14 se aumenta á los dos lados, cubriendo el cosido al vestido unas onditas blancas como la que orilla tambien el biés que lleva los ojales. La puntilla de lana blanca se ha dado ya en el mes de Junio.

20 Y 21. PLEGADOS DE CRESPO PARA GOLAS.

Estos plegados tan ligeros se utilizan para escotes y mangas, hechos en gasa ó muselina, rizados á máquina, y plegados luego en tablas dobles ó triples. El núm. 21 son tres órdenes de rizados desiguales y plegados á tablas.

22 Á 24. ALMOHADON BORDADO CON TRENCILLA CROCHET.

Materiales: Paño negro para el fondo, lana cereza, rosa, azul pálido, verde, en dos tonos y seda argelina de los mismos colores.

Esta labor es fácil y de rápida ejecucion, ofreciendo el núm. 24 la cuarta parte del dibujo de tamaño natural, presentando con gran claridad el bordado que imita la felpa. Los contornos se bordan con una cadeneta y los centros se rellenan con cadenetas hechas aparte y colocadas del revés sobre la tela, cosidas con seda del mismo color: en nuestro modelo, la rosa del centro se borda con verde musgo, los arabescos con azul claro, las hojas y cáliz de las flores rosa, uniendo éstas un ancho tallo encarnado oscuro. Las pequeñas palmas al pasado son blancas como los nervios de las flores y hechas con seda como los contornos.

25 Y 26. INICIALES CON CORONA.

Las primeras, bordadas sin revés ni derecho, son propias para ropa blanca y mantelerías, y las segundas, bordadas á plumetis y punto de armas, se emplean para pañuelos de la mano.

27 Y 28. PUNTILLAS DE CROCHET.

Ambas son sencillísimas y muy propias para adornar ropita de diario para niños.

29. CENEFA BORDADA SOBRE TEJIDO TRICOT.

Esta linda cenefa sirve para adornar diferentes objetos, y en particular el sillón de tijera para jardín, número 37. El núm. 38 da esta cenefa de tamaño natural con expresion de los colores.

30. BOLSA PARA EL CALZADO.

Un pedazo de tela gris, de 11 cents. de ancho por 80 de largo constituye la bolsa, que á ambos lados lleva un fuelle de 6 cents. de ancho por 32 de largo, redondeado en los extremos; una trencilla de lana gris oculta las costuras. Cintas de tela, tambien grises, de 1 1/2 centímetros de ancho, cosidas en los ángulos de la cartera que vuelve, cierran la bolsa, que se adorna con un bordado á la cruz, eligiendo uno de los muchos dibujos anteriormente recibidos.

31 Á 34. VESTIDO CON TÚNICA.

El vestido es de tela céfiro lisa y á rayas. El croquis núm. 34 da, aunque de tamaño reducido, las medidas exactas y las indicaciones necesarias para la túnica princesa, cuya espalda acaba con tres lazadas y un paño montado en la cintura drapeado sólo de un lado por medio de frunces, que se cogen desde la cruz al punto sobre un largo de 58 cents., y desde allí reunido al lado drapeado sobre 29 cents. de longitud hasta la estrella.

La falda lisa va rodeada de un paño plisé, de 16 centímetros de altura; la túnica se adorna con una puntilla blanca. Los grabados 32 y 33 representan dos elegantes mangas para vestidos con diferentes adornos.

35. VESTIDO CON PALETOT.

Falda, túnica y paletot, todo de una tela, constituyen este gracioso traje. El paletot mide 70 cents. por delante y 76 por detras, cortándose por cualquiera de los patrones recibidos. Para el drapeado de los paños de atras de la túnica-princesa, es preciso dar algo más de tela y para los pliegues del cuerpo de aldetas.

El adorno de nuestro modelo, de tela gris, consiste en galones y volantes bordados de color, ligeramente fruncidos y montados con cabeza para la túnica y el paletot.

Otro volante más estrecho (cerca de 7 cents.) y dos plisés de la tela, de 9 y 5 cents. de altura, guarnecen la falda.

37. SILLON DE TIJERA PARA JARDIN.

La montura del sillón es de madera, anudada con un almohadon capitoné, cubierto, lo mismo que el respaldo, de una tira bordada á la cruz, con lana de 10 hilos, sobre tricot.

El grabado 29 da la tira bordada y el 38 la reproduce de tamaño natural con indicacion de los colores. La tira estrecha que sujeta la mayor por ambos lados está bordada con puntos alternados verde claro y verde reseda; los del borde son azules por un lado y encarnados por el otro. Cordones y fleco de los colores del bordado.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LAS NOCHES DE YOUNG.

SEGUNDA NOCHE.

LA AMISTAD.

Traduccion del francés

(Conclusion.)

Pero guárdate de equivocarte: la amistad virtuosa es la sola verdadera. Lejos de tí la que la razon no ha hecho nacer, y la que el vicio ha producido. En el fuego de una pasion impura, el alma se funde y se desliza; pero esta sensibilidad pasa pronto; el alma se recoge y recobra su fortaleza. La virtud sola puede ablandar un corazon y llenarlo de una sensibilidad que dure toda la vida. ¡Qué hermoso es hacer unidos el bien y correr amándose por la carrera de la virtud!

Esta noble emulacion es el más precioso don de la amistad, que se acrecienta por una dulce rivalidad: ella eleva dos amigos á la perfeccion más sublime, por ella entran de frente en la morada de la inmortalidad, donde el Sér Supremo continúa concediéndoles que, unidos, gocen de la eterna felicidad. Pero ¿cuál es el mortal á quien se da la amistad? Para encontrarla en los otros es menester cultivarla en sí mismo. De las preocupaciones numerosas que cautivan á los grandes, la más invencible es la ciega persuasion en que se hallan de que la amistad sagrada es una presa fácil de conseguir, que el brillo del oro es una red donde queda prendida, y que en la sonrisa de un duque hay un encanto al cual no puede resistir. Como las coquetas, pues, tienden sus redes para prender los corazones de otros, sin dar jamás los suyos. Pero que comprendan que nosotros sabemos retener el nuestro mientras ellos no presenten más que este despreciable cebo. Ricos indignos, os equivocais en el cálculo de vuestros bienes; si, vosotros contais con nuestra adhesion hácia vuestras personas; vosotros os lisonjeais de comprar la amistad con el oro. ¡Esperanza imprudente! El amor solo puede pagarse con amor. Reprimid el orgullo que os agobia y os rebaja. Mostrad el corazon de amigo si quereis encontrarlo en los otros. Todos regatean este tesoro: y son pocos los que quieren comprarlo en lo que vale. Si es costoso el adquirirlo, es todavía más costoso conservarlo: nada es tan delicado como la amistad. Su sensibilidad es extremada, una nada la afecta, los más ligeros atentados pueden hacerse mortales, la reserva la hierre, la desconfianza la mata. Delibera sobre todo con tu amigo, pero ántes delibera contigo mismo para mejor elegir; todos los que te ofrecen la mano no te dan su corazon. No te dejes seducir por apariencias: teme los principios ocultos en una corrupcion interior. Pesa, examina largo tiempo: haz tu eleccion con lentitud: una vez hecha desvanece toda desconfianza. Es locura dar su corazon y volverlo á tomar: fijarse para volver á caer en la irresolucion. Adhiérete á tu amigo por toda la vida; despues que lo hayas escogido, abandónate todo á él hasta la muerte. Esta confianza sin reserva, te honrará más que á él mismo. Si en esto corres algun riesgo, piensa que es por adquirir el más grande de los bienes; tú no puedes jamás comprarlo demasiado caro.

Un tierno amigo vale más que una corona.

Un monarca no es nada, si no posee un corazon.

Un mundo entero no vale la felicidad.

Es la amistad la que nos la da.

Para ganar un amigo, yo cederia un trono.

Así cantaba Filandro cuando la amistad nos reunia. Mi presencia inspiraba su musa, inflamaba su corazon. Baco, ese dios encantador, padre de las oportunidades y de la alegría, nos escanciaba, sonriendo, el vino y el placer. Con la copa en la mano, yo brindaba por las virtudes y la salud de Filandro. ¡Ah! ¡La amistad es el néctar de la vida! Pero para ser perfecta es menester que los años se añadan á su calidad: la amistad nueva no tiene fuerza ni dulzura. Durante veinte años, yo he gustado la dulce embriaguez en los brazos de Filandro. ¡Ah! ¿Dónde encontrar su hermosa naturalidad, su alma sensible y sus nobles sentimientos? La sonrisa de la modestia y del decoro estaba siempre en sus labios. Su franco corazon no conoció jamás la impostura. Su alma era un tesoro inagotable de virtudes. ¡De qué placeres embriagó la mia en las dulces expansiones de la confianza! Felicidad celeste, felicidad tan rara en la tierra, yo te he gustado.... ¡Yo te he perdido! Ya no hay para mí otro Filandro.

Querido Filandro: ¿puedo llorar demasiado tu pérdida? ¿Debo temer ser demasiado sensible y abandonar á todo el desorden de mi dolor?... ¡Te he amado mucho! ¡Te amo más aún despues que te he perdido! Yo no he conocido lo que he perdido hasta que le he visto morir (1). Fué alejándose de mis ojos y tomando su vuelo hácia la inmortalidad, cuando su alma desplegó toda su riqueza y todo el resplandor de sus virtudes. ¡Que no me haya dejado su génio para pintarle tal como yo le vi en su lecho de muerte; para bosquejar su sublime grandeza en esta caída tan profunda de la humanidad.

El cuadro conmovedor del hombre virtuoso en los brazos de la muerte, no ha sido jamás ensayado por ningún mortal. Merece una mano divina y serian los ángeles á quienes correspondiera tomar los pinceles. Los ángeles lo han visto: ellos llegan triunfantes y alegres en torno

(1) Los brillantes colores de los pájaros quedan ocultos y como á medias tintas, mientras reposan sobre la tierra y cerca de nuestros ojos; pero cuando se elevan en los aires, vemos el oro y zafir desenvolverse de sus alas extendidas. Así yo he visto brillar con más grande claridad las bellas cualidades y las virtudes de Filandro en el momento en que tomó su vuelo hácia los cielos. ¡Ah! quisiera Dios que este águila, que este génio, hubiese dejado caer en su vuelo una de sus plumas brillantes. Yo la hubiera recogido y hubiese escrito entonces cosas que mis amigos hubieran podido alabar, que mis enemigos hubiesen tenido la prudencia de no criticar, que mis rivales mismos les hubiera costado trabajo condenar, y que hubiesen encontrado gracia ante la envidia de los Zoilos.

del hombre de bien moribundo; ellos se ciernen con respeto sobre su lecho como en un puesto de honor. Pero, yo, que no tengo más que mi ternura que me inspire, ¿tendré la temeridad de emprenderlo?... No, yo no dejaré perecer en un olvido injurioso la gloria de mi amigo. ¡Oigo su voz en el fondo de mi corazón! Él me manda tomar los pinceles: la amistad los conducirá.... Ensayemos.... ¡Dios! ¡Qué secreto horror se apodera de mis sentidos! Creo pasar del resplandor del día á las espesas sombras de una selva, ó sumergirme bajo las ruinas subterráneas de un inmenso y antiguo edificio; ó descender bajo las bóvedas de los muertos, descubrir á la pálida luz de las lámparas sepulcrales, las tumbas abandonadas y silenciosas donde los reyes no son lisonjados ya. Detengámonos un momento para recoger nuestra alma.... Entro, por fin, con respeto en el santuario donde Filandro reposa.... ¡Qué veo! ¡Un lecho de muerte! No; es un lecho de triunfo. ¡Ved aquí su gloria! ¡Ved al hombre inmortalizarse!

Huid, profanos, ó no os aproximéis más que con respeto. La cámara donde el hombre de bien se retira para consumir su vida y sus destinos, es un santuario cuyas puertas se abren sobre los cielos. Aquí es donde el resplandor de la verdad luce en toda su brillantez. Aquí cae la máscara del hipócrita; aquí el corazón se descubre y aparece desnudo. Se vé lo que es. Es al borde de la tumba donde la virtud se manifiesta (1). Dios descubre el velo y muestra á sus amigos. Por grande que sea la máscara que el orgullo presta á los héroes de la gloria y de la vanidad, sus grandezas prestadas se desmienten: la virtud solo tiene magestad en los brazos de la muerte. Bajo la mano cruel de este tirano, sus héroes se engrandecen. ¡Querido Filandro, con qué rigor te ha tratado!

¡Herido de pronto, sin haber sido amenazado, en medio de tu vida! ¡separado de todo lo que amabas, sufriendo en todo tu ser, extendido sobre un lecho de fuego donde el dolor devorante consumía todos los lazos de tu vida! ¡Sin ningún descanso! ¡El apocamiento y los terrores de la débil naturaleza! ¡El frío del alma al borde de un abismo desconocido! ¡Un sol que desaparece! ¡Una tumba que se abre! Una voz que se extingue; y lo último.... ¿cómo explicarlo? Lo último.... ¡El silencio eterno de un amigo!.... ¡Pero qué digo! ¿Dónde están estos terrores, dónde estos males terribles, dónde está esta consternación del moribundo?.... Yo creía hablar de un mortal.... Filandro no lo es ya. En medio de los trances de la muerte, de los vanos combates de la naturaleza espirante, ¡qué (2) rayos de alegría se mezclan en su fisonomía con las sombras de la muerte! ¡Qué calma! ¡Qué paz! ¡Es aquél el hombre, ser débil y mortal! No, Filandro había franqueado ya los límites de la humanidad. El Eterno le sostenía moribundo y le comunicaba su gloria. ¡Era Filandro espirante, él que exhortaba á sus amigos á la virtud; él era el que nos consolaba y nos legaba su ejemplo! ¡Oh! ¡Cómo nuestros corazones estaban despedazados! En torno de su lecho, colocados en silencio, inmóviles de asombro, los ojos fijos sobre él, le admirábamos; llorábamos; el dolor y la alegría se mezclaban en nuestras lágrimas.... El instante fatal llega. Grande en su fin, de una grandeza sin esfuerzo, él no cede jamás, él da su alma sublime, y termina apaciblemente con su destino. Mortales, creed en la virtud: creed que hay un Dios que la honra y la recompensa.

Á la hora en que el sol descende bajo el horizonte, mientras que los vapores que suben, y las sombras que se esparcen, cubren ya de tinieblas y de rocío los valles espaciosos, se ve la cúspide de una torre ó el minarete elevado de una montaña, retener todavía los últimos rayos del astro que ha desaparecido. Así, en estos instantes fúnebres que esparcen el horror y la noche sobre la multitud indiferente de almas vulgares, Filandro, siempre en calma y sereno, con una magestad tranquila, eleva, por encima de las sombras de la muerte, su cabeza esclarecida y refulgente. La paz de su alma se pinta en todos los rasgos de su fisonomía; la esperanza brilla sobre su frente angusta. La destrucción le adorna, le corona de luz y le presenta inmortal al Sér Supremo.

LAS DOS AMAPOLAS.

Nacieron juntas y vivieron solas
De un valle ameno en la apartada orilla
Dos tiernas amapolas.
Y refiere la crónica sencilla,
Que estas flores lozanas
Se amaron inocentes
Con el tranquilo amor de dos hermanas.
Dióles benigno el cielo

(1) La fisonomía del justo moribundo es un libro abierto donde el hombre de bien encuentra su consuelo, donde el vicioso lee en silencio su vergüenza y palidece de confusión.

(2) Como se ve el resplandor de las estrellas luchar con las sombras de la noche.

De belleza gentil rico tesoro;
De reluciente púrpura las hojas,
Negro boton y pétalos de oro,
Virginal inocencia,
De pudoroso afán tiernas congojas,
Ligeros tallos y amorosa esencia.

Las brisas del estío
Al despuntar el alba,
Coronaban sus frentes de rocío.
Solicita la malva
Era á sus pies inimitable alfombra;
Y con amante empeño,
Al disipar la sombra
De la niebla importuna,
Velaba inquieta su apacible sueño
La blanca luz de la naciente luna.

La crónica un momento
Deteniéndose en serias reflexiones,
Explica el sentimiento
Con que estrecha el amor dos corazones;
Y luego haciendo punto,
Porque al lector discreto no fatigue
Lo grave del asunto,
Así la fácil narración prosigue.

Una mañana el cefirillo blando
Sediento del amor de la hermosura,
Se detuvo mirando
Aquel tesoro de inocencia pura;
Y dócil resbalando
Con afán indeciso
Entre sus hojas bellas,
Enamorarlas quiso,
Como él estaba enamorado de ellas.

Y sucedió, que al amoroso aliento
Con que el céfiro vago las mecía
Se inclinaron con débil movimiento
Por placer, por pudor, por cortesía;
Y él impaciente en tanto,
Viendo en sus ricas galas
Del virginal amor el dulce encanto,
Las ciñe con sus alas;
Y al deshacerse en inconstante giro,
Estampa en cada flor ardiente beso,
Les arranca un suspiro
Y huye veloz por el ramaje espeso.

Y cuando triste y de misterios llena,
de su pompa fugaz haciendo alarde,
Apacible y serena
Su manto de vapor tendió la tarde;
Abrazadas y solas,
Compartiendo su pena
Las dos enamoradas amapolas,
Esperaban que ansioso volvería
El céfiro lozano
En los suspiros últimos del día...
Y esperaban en vano;
Porque el céfiro ingrato no volvía.

Y en su amante impaciencia,
Por si á sentir la del cefirillo alcanza,
Llenaron el ambiente con su esencia,
En el postrero afán de su esperanza.
Y como es el amor dulce alimento
Del alma tierna para amar nacida,
Y la esperanza aliento
Que si llega á faltar, falta la vida;
Al derramar el alba sus fulgores,
De Oriente abriendo las rosadas puertas,
Vió con hondo pesar entrambas flores
Coronadas de lágrimas... y muertas.

No dice más la crónica, mas cabe
Aquí la presunción—aunque salvando
Que con seguridad nada se sabe
Y solo se presume—
Que en ansia triste el cefirillo blando
Desde entonces se agita y se consume;
Y que por eso vaga
En perpétua inquietud, y ansioso llena
De lágrimas la flor á quien halaga;
Que por templar su pena
Continuamente gira,
Y más crece el pesar que lo devora;
Que por eso en las márgenes suspira,
En las tendidas ramas se estremece,
Y en las espumas de la fuente llora;
Que su dolor más crece
En el monte, en la vega,
En la flor que en su seno lo recibe;
Y que á tal punto su tormento llega,
Que eternamente sollozando vive.

JOSÉ SELGAS.

¡ALLÁ!

Vi la virtud oprimida,
Y vi en su carro triunfal
Sobre los hombros del vicio
Encumbrada la maldad.
Vi en los hombres el cinismo
Ostentarse sin disfraz;
Escarnecido el decoro,
Ultrajada la moral,
Gemir al bueno y humilde
En amarga soledad,
Y levantar al soberbio
Sobre enorme pedestal.
Macilento y andrajoso,
Con mística, amarilla faz,
Vi al infeliz pordiosero
Del opulento al umbral,
Sin poder para sus hijos
Una limosna alcanzar.
Y al presenciar, angustiado,
La humana perversidad,
Y al ver á tantos sufriendo,
En abundante raudal
Salió el llanto de mis ojos
Y exclamé:—¡Dios de bondad!
¿Dónde tu justicia impera?
Y una voz oculta—¡Allá!—
Resonó, y vi una mano
En la densa oscuridad,
Que, señalándome el cielo,
Escribía siempre:—¡Allá!—

EZEQUIEL LLORACH.

Agosto 1876.

LA VECINA DEL CUARTO TERCERO.

I.

LA MADRUGADA.

Cuando la hermosa estación de las flores convida á gozar las delicias matinales del campo, mojado aún del blanco rocío, perfumado por las suaves brisas que roban sus olores á las esmaltadas flores, alumbrado apenas por el disco de fuego del diurno Febo que asoma en Oriente, es cuando la molición de nuestra frágil naturaleza nos incita al reposo, nos detiene entre sábanas, y aunque la voluntad luche con tan inoportuna pereza, se forjan desde la cama mil planes que sólo en sueños se realizan.

El antiguo proverbio, "las mañanitas de Abril son muy dulces de dormir," tiene tal influencia entre la sibarítica generación del siglo actual, que aun cuando reconozco lo conveniente que es madrugar en esa estación, pocos son los amigos de la higiene que la practican.

Estas mismas reflexiones se hacía Luis de *** una hermosa mañana de Abril, en que el continuado repique del vibrante timbre de un despertador colocado sobre su mesilla de noche, le había hecho incorporarse en la cama.

—Las cinco,—se dijo.

Y saltó presuroso del lecho para que la pereza no le hiciera variar de propósito.

Corrió á abrir su balcón y se puso á hacer su toilette.

Qué bueno y sano es esto, se decía dándose grandes chapuces de agua á la cara;—madrugar, respirar el aire del campo, en la estación en que florecen las lilas y la rosa abre su capullo; luego hay tan sabrosísima leche en ese Retiro, y tan ricos bizcochos, que bien merece la pena de levantarse muy temprano para ir á tomarla, paseándola después entre aquellas frondosas alamedas. Decididamente me voy á levantar todos los días á esta hora.

Luis terminó su tocador, cepilló su ropa y se vistió con el esmero que acostumbraba siempre. En seguida fué á su balcón y abrió las persianas de par en par.

—¿Qué veo? exclamó;—¡qué hermosa mujer! esa debe ser mi vecina de enfrente, la del cuarto tercero, que siempre tiene sus persianas cerradas herméticamente. Nunca hubiera creído en la existencia de mujer tan hermosa y que tan recatada vive.

Efectivamente, en el balcón que hacía frente al de Luis, había asomada, en gracioso y elegante *deshabillé*, una hermosísima morena de negros y rasgados ojos.

Luis la saludó cortésmente, y como era muy impresionable, permaneció como fascinado en el balcón sin dejar de mirar á su vecina, que á su vez miraba á hurtadillas á Luis.

—Cuanto más miro á esta mujer,—se decía—más siento que me va gustando. ¿Será que me voy enamorando de ella? Las situaciones violentas ni anómalas no me han gustado nunca; voy, pues, á romper el fuego.



8. Capota de paja inglesa. (Véase el núm. 9.)

"prender la simpatía y consideración que me animan; más adelante, y después que yo sepa su nombre, sabrá Vd. el mío; en el interin, bastele á Vd. saber que soy una señorita."

Tercer disparo de Luis y tercera contestación de la vecina: "Acostumbro salir á misa á las doce ó doce y media á San Sebastian los días de fiesta, y me acompaña una de mis hermanas, y muchas veces mi ma-

ma; me suelo poner en el lado de la izquierda. Mi nombre es el de Eusebia de ***. Ya ve V. si me inspiras confianza. No sé si podrá V. leer lo que escribo, pero que lo haga muy de prisa.

Dos horas trascurrieron. La ida de Luis al Retiro se quedó en proyecto. La vecina del cuarto tercero había operado en él una revolución completa en tan corto espacio de tiempo.

Luis amaba ya á aquella hermosa mujer, con la que se había puesto en comunicación de una manera tan original. La madrugada sólo le había servido para enamorarse... ¡Cuán caprichoso es el destino!

II.

AMORES DE VECINDAD.

Los amores de Luis marchaban á todo vapor. Todas las mañanas á las cinco, el sonoro timbre de su despertador le hacía abandonar el lecho; pero no era para irse á beber leche y pasear por el Retiro, sino para hacer y recibir disparos, como él llamaba, desde su balcon al de su vecina del cuarto tercero.

La correspondencia epistolar de aquellos amores de vecindad, que por casualidad ha llegado á nuestro poder, pondrá á nuestros lectores más al corriente del desarrollo de una pasión nacida al acaso.

La hermosa Eusebia escribía á su apasionado amante, á los ocho días de entabladas las amorosas relaciones, lo siguiente: "... (Suprimimos gran parte de la amorosa y tiernísima epis-

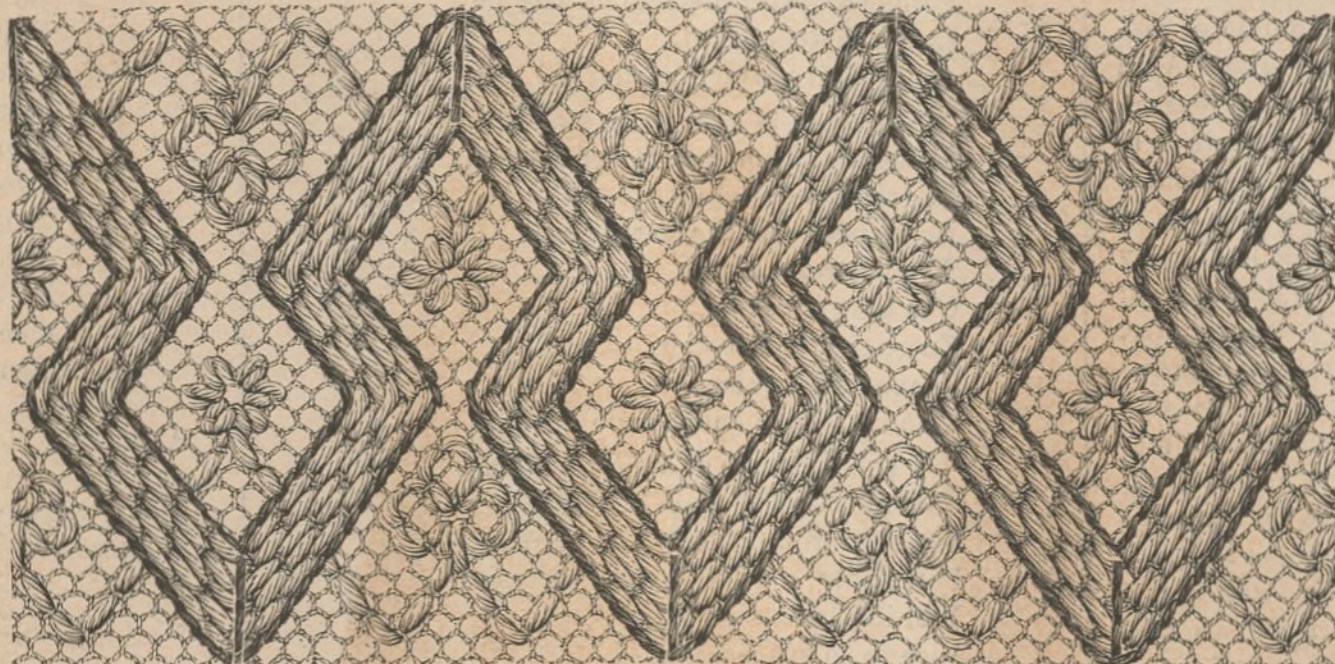
Fué hacia su pupitre y escribió en un papel estas palabras: "¿Sabe Vd. de casa? ¿Por dónde tiene entrada la de Vd? Se suplica una contestación."

Llenó de arenilla el papel, hizo una pelota y lo disparó al balcon de la vecina.

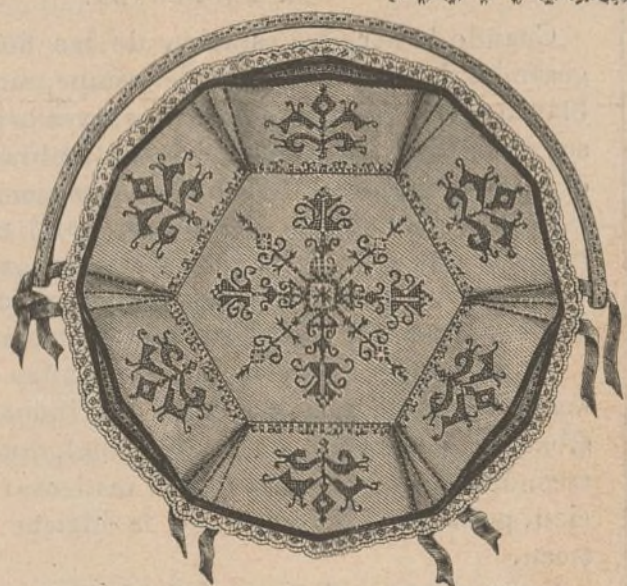
Cinco minutos después, el mismo papel, y merced al procedimiento empleado, caía en el balcon de Luis. Este lo recogió presuroso, y al dorso de su escrito leyó lo siguiente: "Siempre que salgo es con mamá ó mis hermanas; esta tarde saldré á tiendas; pero no puedo decir á Vd. la hora porque no la sé. Esta casa tiene la entrada por la calle de... núm. 12."

En vista del éxito, disparó Luis un segundo proyectil al balcon de su vecina. La contestación de éste estaba concebida en estos términos: "De noche no salgo nunca de casa, ni voy á ningún teatro ni café: es muy difícil se presente ocasión de

hablar-me, por más que yo trate de poner cuanto esté de mi parte; pero ya puede de com-



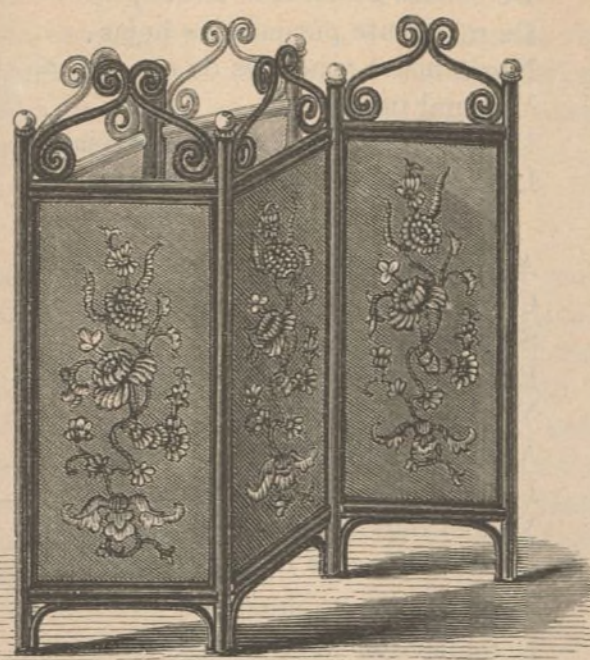
12. Entredós bordado en tul.



13. Canastilla bordada. (Véase el núm. 14.)



11. Ramo bordado á feston para la pantalla núm. 10.



10. Pantalla bordada. (Véase el núm. 11.)

tola, llena de frases de cariño apasionado y vehemente, y ponemos sólo el final.) "Esta mañana voy á salir á tiendas con una amiga, y esta tarde de paseo al Retiro como los días últimos: ¿tendré el gusto de verte? Lo desea mucho, muchísimo, tu cariñosa E."

Los amantes se comunicaban además en la calle y en paseo, y de esa manera su amor iba entrando en el período álgido.

Todo ello era sin perjuicio á las madrugadas de ambos, y á los indispensables disparos de balcon á balcon.

La correspondencia epistolar seguía su curso. Además del vehículo que empleaban por las mañanas, el correo interior era también mensajero entre los dos amantes.

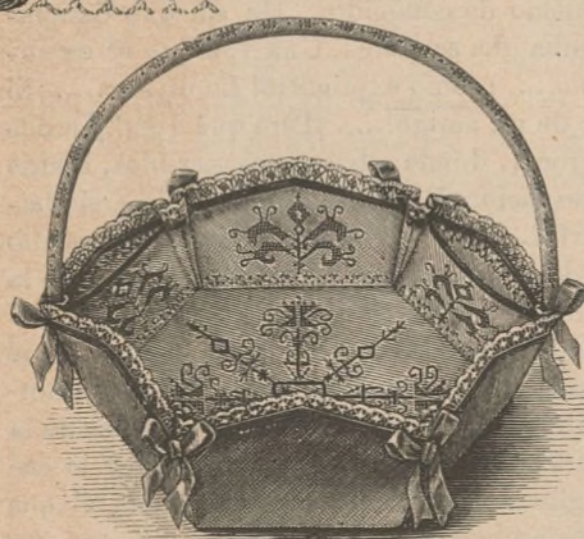
Continuemos presentando á

nuestros lectores algunas pruebas más del amor de dos seres, que al parecer, eran nacidos

uno para el otro. La amante Eusebia escribía esto:

"Con tanta desconfianza como tienes de mí, ¿qué quieres que yo te diga para convencerte de lo contrario? Comprendo que nada te puede bastar, y esto me martiriza el alma; ¿qué podré yo hacer para que te persuades de que te amo mucho, muchísimo, muchísimo? Verdad es que no te puedo dar las pruebas que tú me pides y

necesitas, pero tengo yo de eso la culpa? ¿Qué más quisiera yo que complacerte, y á la vez complacer mi corazón, que no es de hielo como tú le juzgas; sabe amar con mucho fuego y te ama á tí con delirio: ¡ojalá pudiera darte las pruebas de la sinceridad de mi amor; de seguro que entonces en vez de atormentarme con tus injustas suposiciones, me compadecerías! Deseo tanto como tú, ó más, el tener una larga entrevista contigo, y como lo veo casi imposible, padezco lo que no puedes figurarte por no poderle complacer. Es preciso esperar una ocasión con calma, que cuando esta se presente, te juro aprovecharla."



14. Canastilla bordada. (Véase el núm. 13.)

Continuaba el escrito siendo un verdadero idilio. Los amantes que tan cerca uno de otro vivían, daban con la pluma expansión á su amor, sin que á ninguno de los dos se le ocurriera un más allá. No cabía la menor duda, habían nacido uno para otro. Pruébalo lo que más adelante le escribía la bella Eusebia á su enamorado Luis:

"Soy muy agradecida y no puedo consentir de ninguna manera que me trates de ingrata: podrías decirme que no merezco tu amor, bien lo sé; y que quizá nunca te pagaré en su justo precio los sacrificios que por mí haces, también te lo concedo, pues cuanto yo soy, por más que por tí lo sacrificara, es posible que no bastara nunca á compensar tu cariño. Pero si mi amor inmenso, mi corazón, mi alma y cuanto yo puedo y valgo, que es muy poco comparado con tu amor, los aceptas como leve compensación á tu amor y á los sacrificios que por él te impones, me harás la mujer

que yo necesito."

Continuaba el escrito siendo un verdadero idilio. Los amantes que tan cerca uno de otro vivían, daban con la pluma expansión á su amor, sin que á ninguno de los dos se le ocurriera un más allá. No cabía la menor duda, habían nacido uno para otro. Pruébalo lo que más adelante le escribía la bella Eusebia á su enamorado Luis:

Continuaba el escrito siendo un verdadero idilio. Los amantes que tan cerca uno de otro vivían, daban con la pluma expansión á su amor, sin que á ninguno de los dos se le ocurriera un más allá. No cabía la menor duda, habían nacido uno para otro. Pruébalo lo que más adelante le escribía la bella Eusebia á su enamorado Luis:



17 y 18. Vestido de crochet para niño de 2 años.



15 y 16. Vestido plegado para niña de 4 años.

a inglesa.
n. 8).

te Eusebia

como tie-
yo te diga
contrario!
uede bas-
alma; ¿qué
persuadas
muchísimo,
no te pue-
me pides y
necesitas,
pero ten-
go yo de
eso la cul-
pa? ¿Qué
más qui-
siera yo
que com-
placerte, y
á la vez
complacer
mi cora-
zon, que
no es de
hielo co-
mo tú le
juzgas; sa-
be amar
con mu-
cho fuego
y te ama-
á tí con
delirio:
ojalá pu-
di amor; de
con tus in-
canto como
go, y como
figurarte
una ocasion
ro aprove-

dilio. Los
ban con la
o de los dos
duda, ha-
ás adelan-
o Luis:
de ningun-
ecirme que

niño de 2 años.



Pl. 359.

EL CORREO DE LA MODA.
Periodico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel II^a, 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

más feliz de la
resistiera ni sa
complacer y
de mi amor. N
vivos colores q
manifestarte to
no me acuden
decirte enagen
A este tenor
Eusebia. Luis
felicidad, de q
za. Y todo, ¿p
día!

Ese inexcrut
tino, le habia
dudablemente
da para él. ¿Se l
resuelto con el
problema de su
cidad? Ya lo
mos.

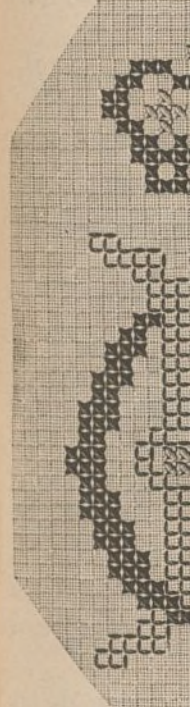
III.

LOS AMANTE
¿Qué hay má
blime que el
del alma? Nad

Comprén
cuando se sien
Tasso enloque
por su Leonor
trarca delirand
en Beatriz.

Las dulces ti
que tan purísi
brotan las ilus
semejante.

¡Oh! amante
positivista de
ros!... Ahora s



25. Iniciales

tomó por su
ria, para com
de lo noble y
ra de los afec
so corazon, v
plidos sus de
él tenía toda
las armas, po
dados en los
cia, pues su p
y mandando
crificó su in
dre reprobab
sarla un disg
corte para co
dios literari
conocer en el
los que cultiv
letras.

Luis ama
su madre sob
todo lo del
mundo.



Porella se
habia sacrific
cado una ve
se sacrific
mil si oca
ello se prese
Corazon
ma apasio
ese bello i
que es el su
mortal des
corazon á l
Sin emb
trato socia

más feliz de la tierra. No hay prueba que yo no resistiera ni sacrificio que no consumara por complacerte y persuadirte de lo grande y puro de mi amor. No puedo pintarte éste con los vivos colores que tú prestas al tuyo; no puedo manifestarte todo lo que siento; frases para ello no me acuden á la imaginación: pero sí puedo decirte enagena de placer: *mi alma es tuya.*"

A este tenor continuaba espresándose la bella Eusebia. Luis vivía transportado á un cielo de felicidad, de que en la tierra raramente se goza. Y todo, ¿por qué? por haber madrugado un día!

Ese inexcusable misterio que se llama destino, le había hecho tropezar con la mujer indudablemente nacida para él. ¿Se había resuelto con ello el problema de su felicidad? Ya lo veremos.

III.

LOS AMANTES.

¿Qué hay más sublime que el amor del alma? Nada.

Compréndese, cuando se siente, á Tasso enloquecido por su Leonor; á Petrarca delirando por su Laura; á Dante elevándose al cielo por su Beatriz.

Las dulces trovas de Ausias March, espejo fiel son de ese amor que tan purísimos goces encierra. Vive en la brillante esfera de brotan las ilusiones, aquel que siente presa su alma de un amor semejante.

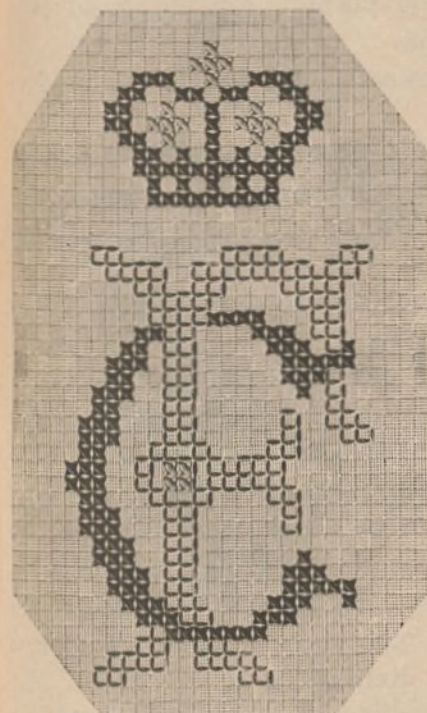
¡Oh! amantes de antiguas edades, pocos son de la generación positivista de nuestros días, que puedan comprenderlos!... Ahora se vive amando de otra manera. La poesía del amor huyó para siempre á refugiarse en el olimpo de la verdadera felicidad. ¡Pero qué importa eso si queda todavía el verdadero objetivo del corazón humano, en nuestro tiempo de mercantilismo? ¡El negocio!

Pongamos punto á este pequeño desahogo, y sigamos nuestra historia.

Aún no hemos dicho ni quién era Luis, ni quién era Eusebia.

Debemos presentarlos en debida forma, y vamos á hacerlo.

Luis era hijo de una familia noble y distinguida de Valladolid, que en otro tiempo poseyó una gran fortuna. Luis, con el cuidado y esmero que su buena madre, porque había perdido á su padre en edad muy temprana, se



25. Iniciales con corona para repa blanca.

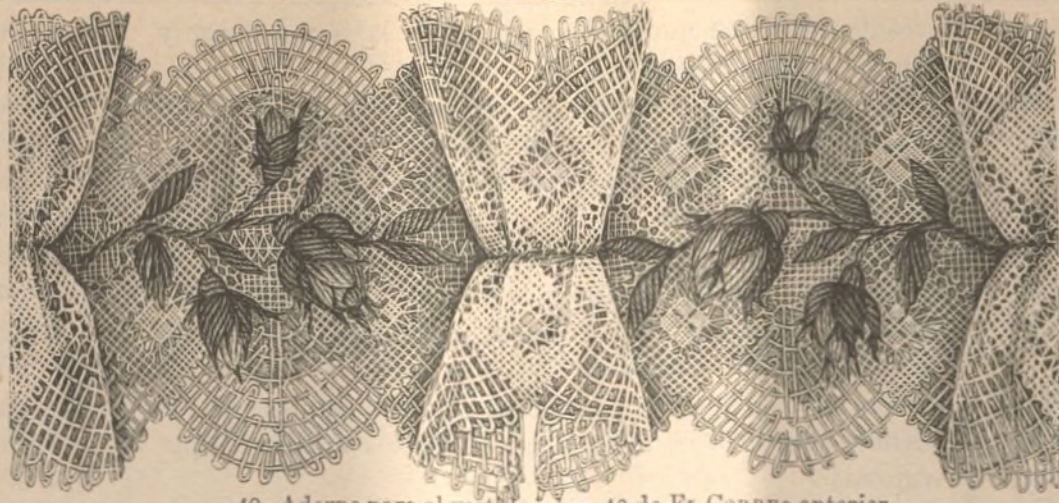
tomó por su único hijo, había seguido una carrera literaria, para complacer á la que le había dado el sentimiento de lo noble y generoso que al hombre eleva en la esfera de los afectos sociales. Luis, que tenía un hermoso corazón, violentó su gusto para que viese cumplidos sus deseos su buena madre, que puesta en él tenía toda su vida. Atrásale la carrera de las armas, porque se había criado entre soldados en los primeros años de su existencia, pues su padre murió siendo coronel y mandando un regimiento; pero sacrificó su inclinación, que su madre reprochaba, sólo por no causarla un disgusto. Vivía en la corte para concluir sus estudios literarios y darse á conocer en el círculo de los que cultivaban las letras.

Luis amaba á su madre sobre todo lo del mundo.

Porella se habíasacrificado una vez y se sacrificaría mil si ocasión de ello se presentara.

Corazón ardiente, alma apasionada, amaba ese bello ideal de la vida que es el sueño perenne del mortal desde que se abre el corazón á las sensaciones.

Sin embargo, avezado al trato social, no había consa-



19. Adorno para el vestido núm. 10 de El Correo anterior.



20. Rizado de crespon para golás ó fichús.



22. Almohadon bordado con trencilla de crochet. (Véanse los núms. 23 y 24).



21. Rizado de crespon para golás ó fichús.



23. Detalle para el bordado núm. 22.



24. Cuarta parte del almohadon bordado núm. 22.

grado aún su amor á ninguna mujer, porque en ninguna había encontrado la personificación de su soñado ideal. Veía transcurrir sus días sin que en su organismo notara la más leve alteración que pudiera sacarle de la apatía en que estaba sumido. La vida del espíritu era únicamente la que en él obraba; la materia yacía en reposo.

La bella Eusebia era su tipo, su mujer soñada, la realización de sus amorosas aspiraciones. Concibamos una Fornarina nacida en España, dotémosla de todos los encantos materiales y espirituales, y tendremos retratada á la amada de Luis, á la mujer en quien había encontrado identificadas todas las cualidades que

hacen del sexo débil un ser intermedio entre la mujer y el ángel. Esa era Eusebia.

Corazón, talento, ternura, candor, pureza, todo, todo lo reunía la vecina del cuarto tercero.

Hija de un ex-ministro de la corona, había perdido á su padre siendo aún niña, vivía con su madre y sus hermanas, mayores que ella, de las que había una

casada, otra viuda y con ella dos solteras.

La casualidad también la hizo conocer á su vecino, y luego que se sintió herida por el amor, que cual chispa eléctrica precede á la materia combustible del cuerpo, comprendió que Luis era su hombre, como dice el valgo, y se dejó arrastrar por la suave pendiente de esa hermosa senda de la vida que se llama amor del alma. Eusebia era toda corazón, al revés

que la generalidad de las mujeres de nuestros días, que son todas cabeza, y por eso amó con la vehemencia y apasionamiento que era amada. ¿Dónde podía conducir ese amor? A la gloria ó al martirio.

IV.

DESENLACE.

No seguiremos copiando á la letra las pruebas escritas que poseemos del amor de Eusebia por Luis. Todas ellas forman un poema que, pobre de galas, nuestra pluma no podría presentar.

Así transcurrían días, semanas, meses. La felicidad de aquellos dos seres, remontándose al quinto cielo, los hacía vivir muy alejados de la tierra. De improviso un golpe fatal vino á destruir aquel frágil castillo, que humo las glorias de la vida son, como dice Campoamor.

Una carta que de Valladolid vino para Luis le sumió en el estado de desesperación más indescriptible.

Su madre le escribía anunciándole que el pleito que hacía años sostenían con un tío, y del que dependía la conservación de su fortuna, se había transigido por convenirles más á sus intereses, bajo la base de un casamiento de Luis con su prima. Añadía su madre, que ella se había comprometido por él, que su prima le aceptaba gustosísima, que era cosa arreglada y que se habían pedido ya á Roma las dispensas. Pedíale que regresara pronto á Valladolid, á fin de tratar íntimamente á su futura y arreglar las condiciones del contrato con su tío. Ter-



26. Iniciales con corona para pañuelos.

minaba preguntándole qué cantidad necesitaba para comprar algunos regalos á la que tenía que ser su esposa, á fin de poderse librar sin pérdida de momento. Todo esto, acompañado de las mayores demostraciones de cariño y de esas frases hijas del amor maternal. De seguro que la buena se-

hora no sospechaba que su carta fuera una puñalada que partiera á la vez dos corazones.

Nuestros lectores no pueden tener una idea de las amargas horas que Eusebia y Luis pasaron á consecuencia de la carta de Valladolid.

Después de una lucha terrible, en la que, si grande y heroico estuvo él, mucho más se remontó ella, la voluntad materna prevaleció al amor de aquella mujer sublime, que se sacrificaba por el bienestar del hombre que amaba más que á su misma vida.

Partió Luis... Eusebia quedó sumida en llanto y desesperación... ¡Un alma muerta para el mundo! ¡Imposible que un corazón como el suyo vuelva á amar! Las organizaciones privilegiadas no las comprende el vulgo, que sólo se deslumbra con el brillo, aunque sea del oropel.

Luis, víctima propiciatoria, se plegó á todas las exigencias de su madre. Su matrimonio fué prosa y nada más que prosa. ¡Qué diferencia tan notable entre Eusebia y aquella mujer que su madre le había obligado á tomar por esposa. La voluntad se había resignado, pero el corazón protestó de la violencia que hacía su infelicidad y la de la única mujer que su corazón podía amar.

Un año después de consumado el sacrificio, como un quejido de su lastimado corazón, Luis escribió á Eusebia, porque necesitaba saber de ella, y recibió, medio borrada por las lágrimas, una carta concebida en estos términos:

"Me acusas sin haberme oído, y por lo mismo, es con mucha injusticia. Te amé un día y te amaré siempre, porque la que, como yo, ha amado, no puede olvidar nunca: y tanto es así, que vives y vivirás, mientras yo respire, en mi corazón y en mi memoria. No te acuso de nada: sé cuán grande, cuán noble eres; estaba orgullosa poseyendo tu amor, amor que hubiera completado mi felicidad un día, y hoy lo estoy aún, porque poseo tu recuerdo exclusivamente, y no me atrevo á decir que tu corazón también, porque como para la sociedad no te perteneces, no puedo aplicar con referencia á tí ese pronombre posesivo que tan bien suena al oído de una mujer amante y amada. Nunca dudes de mí, te pido en nombre de tu amor; no me martirices con tus injusticias, y vive seguro de que siempre ocuparás el corazón de la que hoy es muy desgraciada por lo mucho que te ama. E."

¡Qué nos resta añadir después de lo que antecede? ¡Ah! en nuestra sociedad hay carcajadas que ocultan el dolor que destroza el corazón; hay sonrisas que ahogan las lágrimas que empañan los ojos. La sencilla historia que hemos narrado, es una de esas páginas escritas con sangre en los dramas íntimos que en la humana estirpe se han desarrollado en todos los tiempos.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Aquellos á quienes nunca ha faltado el pan cotidiano, están muy lejos de imaginar esas tormentosas privaciones de todos los instantes. "Que trabajen," dicen los más compasivos, y no obstante, si se les presenta para preceptor de su hijo ó para su secretario, un hombre con el traje andrajoso, con el estigma de la miseria estampado en el semblante, ni aun tratan de examinar los quilates de su saber, ni aun tratan de inquirir cuáles son sus circunstancias morales; le rechazan sin compasión, sin casi miramientos.

¡Trabajar!

¡Puede buscar trabajo un carretero, un albañil, porque sabe que lo atenderán aunque lleve la blusa sucia ó remendada; pero el hombre de la clase media, pobre, no debe pensar más que morir!

Cláudio había llegado á este estado.

Ya la bienhechora tinta no bastaba á cubrir las grietas de sus botas, ya su levita sólo se sostenía mediante mil zurcidos, y su sombrero relucía al sol como si estuviese charolado.

Hé aquí, pues, la razón por la cual la familia de Lorenza á pesar de contar en su seno á dos individuos aptos, honrados y laboriosos, se veía reducida á tal extremo.

Cláudio estaba totalmente agobiado por el rigor de su fortuna y pasaba el día tendido en un jergón, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin pensar en nada.

Ni aun en Genoveva pensaba; los pobres ni siquiera pueden permitirse el placer de amar, porque los sinsabo-

res de todos los momentos, paralizan la imaginación y embotan el sentimiento.

Aquella alma tranquila, serena, apacible, se había entumecido con el frío de la adversidad.

Cláudio había hecho como el viajero fatigado por una larga jornada, que sintiéndose los pies destrozados y chorreando sangre, que hallándose ya sin fuerzas, se sienta al borde del camino y se duerme á pesar de los ruidos de las fieras que le cercan, porque ya la vida y la muerte le son indiferentes.

Ya no rezaba, ya no escribía, porque al par que en los demás le faltaba la fé en sí mismo; ¡no hacía más que vejetar!

Nicolás, por el contrario, de imaginación fogosa, de corazón ardiente y apasionado, se cebaba en la lucha contra el destino y le divertían sus peripecias porque estaba seguro de vencer.

Nicolás, devorado por un amor profundo, humillado por la frialdad con que Genoveva había querido separarle de ella en aquel día memorable de su ruina, humillado por la injuria inferida á su hermano, injuria que quería reparar á cualquier precio, trabajaba con verdadero frenesí esperándolo todo de su géuio, esperándolo todo del destino.

—¡Verá que no he necesitado ir á Roma, que no he necesitado de su protección para coronar mi frente de laureles; y en vez del oscuro y pobre niño, verá surgir de repente delante de sí al hombre rodeado de la brillante aureola de la gloria, al hombre á quien acatarán llenos de entusiasmo España y el mundo, y ella es la que tendrá que ruborizarse cuando ponga en sus manos el rescate de nuestra honra; ella la que cifrará su orgullo en llamarse esposa mía!

Nicolás era joven y la juventud es tan confiada, tan presuntuosa! ¡Sabe tan poco de los engaños de la vida, y son tan bellas las ilusiones que se ofrecen á sus ojos! Tras inauditos esfuerzos logró ingresar en la academia de pintura, y con esto ya pensó haber avasallado el destino.

Pero ¡crées que fué sólo la pobreza, crées que fué sólo la idea del deshonor lo que acibaró la vida de la infeliz familia, durante aquellos dos largos, interminables años? ¡Ah! no; que cuando Dios presenta á sus predilectos la amarga copa, la llena hasta los bordes, para que sea más brillante, más espléndida la aureola que deben ceñir en las regiones eternas.

La última gota de hiel que hizo rebosar el cáliz, fué un suceso tan triste como imprevisto.

Hacia mucho tiempo que Lorenza había perdido su incansable actividad. Véase la permanecer horas y horas sentada en una silla con la cabeza caída sobre el pecho y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Por las noches, Virginia, que era la providencia de todos, la oía llorar y sofocar sus gemidos.

La pobre Virginia no era la que menos había sufrido en un principio de los tres hermanos: ella también había visto interrumpirse bruscamente la novela de su vida, en el momento en que las confidencias, las atenciones de Eugenio la hacían formular aquel misterioso *quién sabe* que tantos encantos tiene para un alma virgen y entusiasta.

Con el trascurso del tiempo, con las tribulaciones del espíritu y las penalidades materiales, habíase casi apagado después aquel dulcísimo eco que resonaba en lo más íntimo de su corazón envuelto en ecos de esperanzas; pero quizá otro eco le había sucedido, quizás otras mágicas ilusiones se habían ofrecido á sus ojos, porque vivir es el amar en la primavera de la vida, quizás acariciaba en sus ensueños un próximo porvenir dichoso, cuando advirtió la extraña pesadumbre de su madre, y quedó con esto aquel leve rayo de sol sumido entre tinieblas.

Parecía imposible que sólo la miseria hubiese podido abatir el alma fuerte de Lorenza.

Virginia adivinaba en aquel dolor mudo y sombrío algún terrible secreto, y no se atrevía á manifestar sus temores á sus hermanos, porque era de aquellos seres generosos que guardan para sí solos el sufrimiento.

Una tarde... Era el anochecer. La joven estaba acabando una labor que corría mucha prisa.

Nicolás dibujaba, y Cláudio, sentado á su lado contemplaba el paisaje que parecía surgir maravillosamente del papel.

Las megillas de Nicolás estaban inflamadas por la inspiración que le abrazaba el alma.

—¡Luz! gritó de repente. Luz, pronto, pronto...

—No puedo, espera, dijo Virginia, á quien solo faltaban algunas puntadas para acabar la labor.

—Yo iré, yo iré, dijo Lorenza levantándose.

Pero como estaba ya bastante oscuro, al salir tropezó en la puerta.

Tardó mucho tiempo en volver.

Por fin apareció trayendo un candil encendido.

—Pronto, pronto, gritaba Nicolás.

Lorenza quiso darse prisa, tropezó en la mesa y llenó de aceite todo el bosquejo.

Nicolás soltó un grito de rabia.

—¡Perdido el trabajo de hoy! dijo con despecho.

Lorenza se retiró con la cabeza baja y fué á sentarse en un rincón.

Nicolás, arrepentido de su arrebato corrió hacia ella y se postró á sus pies.

Lorenza lloraba.

—¡Oh, soy un infame! exclamó Nicolás fuera de sí, no hago más que dar disgustos con mi maldito genio.

Pero por Dios, no llore Vd., madre mía, me desgarran el corazón sus lágrimas! Perdóneme Vd. por Dios!

Lorenza no respondía.

Cláudio, Virginia y la abuela se habían agrupado á su alrededor.

—¡Oh, madre mía, repuso Nicolás con humilde y cariñoso tono, perdóme Vd.! No me levantaré de aquí hasta que haya alcanzado su perdón!

Lorenza soltó un suspiro doloroso y extendió las manos hacia sus hijos.

—Hijos míos, dijo con tono solemne; he procurado haceros cristianos, he procurado acostumarlos á aceptar con resignación los decretos de la Providencia. ¿En dónde está el bien? ¿En dónde se halla el mal? ¿Somos como un niño á quien guía su maestro por la senda del saber y la virtud, y sus lágrimas y privaciones deben servirle algún día para ceñir los lauros de la gloria, para alcanzar los gozos de la vida.

¡Lo que Dios hace está bien hecho! Suframos en silencio y resignémonos. ¿Me prometéis, hijos míos, por el amor que me profesáis, tener fortaleza y conformidad en la nueva desgracia que nos agobia? ¿Me lo prometéis? Pensad que un solo gemido que oiga, será un agudo dardo que me traspase el alma.

—Madre, madre, ¿qué es esto, qué hay? exclamó Nicolás impaciente.

—Hay, hijo mío, repuso Lorenza con perfecta calma, que el que ha dado la luz á mi pupila ha resuelto quitármela; hay que estoy ciega y no puedo ya contemplarlos!

A pesar de su prohibición, resonó en la estancia un concierto de ayes y lamentos.

—Al apercibirme de mi desgracia, prosiguió Lorenza con dulzura, confieso que sufrí un dolor acerbo, pero la tempestad ya ha pasado. Ahora me humillo ante la Providencia, que así quiere probar mi fortaleza, y la doy gracias, porque si me ha privado del placer de verlos, me permite aún escuchar el eco de vuestro acento! ¡Venid, hijos míos, venid, madre querida, adunaos todos sobre mi corazón, decidme que me amáis, y nada le pediré á Dios satisfecha con tanta dicha!

Los jóvenes se arrojaron llorando en los brazos de su madre, la abuela se esforzaba en vano por sofocar sus sollozos.

Llamaron á la puerta.

Virginia corrió á abrir azorada, y sus hermanos la oyeron decir con voz angustiada:

—¡Oh, no! ¡por Dios, ya no! Ya no es posible!

A pesar de la penumbra en que estaba sumida la puerta, Nicolás vió que el que había llamado era un anciano sacerdote.

Una rápida idea cruzó por su mente. ¡Quizás Genoveva había descubierto su retiro y había mandado á alguno para que fuese su intermediario y los condujera á su lado. ¡Este era su sueño dorado, la ilusión constante de su vida!

—¿Quién es V.? ¿qué desea V.? preguntó abalanzándose á la puerta.

—¡Nada, no es nada! balbuceó Virginia confusa.

—¡Pero V. querrá algo? ¿vendrá de parte de alguien? repuso Nicolás dominado por su idea. Entre V., aquí está nuestra madre, dígalas V. qué es lo que le ha conducido á esta casa.

—Pero... murmuró el anciano sin saber qué hacer, colocado entre la angustiada Virginia y el impetuoso Nicolás.

—Entonces, si V. no pasa, si V. no habla, dijo ésta con violencia, crearemos que le ha traído aquí algún fin siniestro.

—No. No puedo permitir que sospechen Vds. de mí, ni de esta honrada joven, dijo el sacerdote. Suceda lo que quiera, entraré y manifestaré á su señora madre el objeto de mi venida.

Entró en efecto, aceptó la silla que se apresuró á ofrecerle Cláudio, y comenzó á decir con tono mesurado:

—Vengo de parte de la señora Doña Gertrudis Tellez, que así se llama la que proporciona labor á su señora hija de V., encargado de dirigirla una petición, que deseo vivamente que sea de su agrado.

—Hable V. con toda confianza, dijo Lorenza, viendo que el buen anciano hacía una pausa como si no acertase á proseguir.

—El caso es, replicó el sacerdote, que esa señora, viuda de un honrado militar, tiene un hijo no ménos honrado, que es profesor de idiomas, y gana con decencia su sustento.

Es joven, bien parecido, de educacion finísima. Será modelo de esposos y de padres, como ha sido modelo de hijos.

D. Julian, que así se llama, tuvo ocasion de ver repetidas veces á su hija de V. cuando iba á llevar la labor, y concibió por ella una pasion profunda, pero digna y honrada, pues piensa elegirla para esposa. A esto vengo, este es el encargo que traigo. Interrogada su hija de V. anoche por Doña Gertrudis, manifestó que si bien no amaba á Don Julian, sentía por él un vivísimo aprecio, y creia poder ser dichosa á su lado, autorizándola por tanto á pedir su consentimiento de V., única cosa que falta para que se lleve á feliz término la boda. Ahora parece que la señorita Virginia duda....

—Hija mia, acércate, interrumpió Lorenza, á quien aquella noticia parecia una compensacion del cielo por cuanto acababa de sufrir.

La idea de dejar sola en el mundo á una joven soltera, es el constante torcedor de una madre tierna y previsora.

—Acércate, Virginia, hija mia, prosiguió Lorenza con dulzura, y dime los motivos que te obligan á rechazar lo que ayer, segun parece, aceptaste con reconocimiento y alegría.

Doña Gertrudis Tellez es una señora religiosa y llena de virtudes, que será para tí una excelente madre; iguales virtudes sé que adornan á su hijo, y la posicion de ambos es modesta, pero desahogada. Yo creo que es una gran fortuna para tí ingresar en esa familia, y desde luego ofrezco mi bendicion. ¿Por qué dudas?... ¿por qué vacilas?... ¡Ah, si no estuviese ciega, si pudiese contemplar tu ingénuo rostro, yo leería en él como siempre cuanto pasa en el fondo de tu alma. Pero bien ves que estoy ciega, y es preciso que me ayudes hablándome con entera lealtad, con entera franqueza....

—Pues bien, madre mia, balbuceó Virginia adelantándose trémula y ruborosa; por la vez primera de mi vida la ruego á V. que me deje dueña de mis acciones.

—Haz lo que quieras, hija, se apresuró á decir la abuela; lo que tu hagas siempre estará bien hecho.

Virginia corrió á la mesa, escribió apresuradamente algunos renglones, y entregó la carta al sacerdote.

—Virginia, Virginia, exclamó Lorenza sobresaltada, has escrito; quiero saber lo que has escrito.... ¿Por Dios, no juegues con tu porvenir!... Mira que la fortuna desdenada nunca jamás vuelve á llamar á nuestra puerta....

Virginia dijo al anciano que leyese lo que acababa de escribir en voz alta, y corrió á arrojarle en los brazos de su madre.

El sacerdote leyó:

«Señora: doy á V. mil gracias en mi nombre y en el de mi familia por el honor que se ha dignado dispensarme; pero si ayer lo acepté con transportes de gratitud, hoy no puedo aceptarlo porque ya no me pertenezco. Mi madre acaba de perder la vista: mi deber y mi amor me retienen para siempre á su lado. Mientras ella viva, mientras mis hermanos necesiten de mí, no contraeré otros lazos que me robarían la atencion y el tiempo que debo consagrarles. Entre tanto, si le hace á V. falta el corazon de una hija, si á Julian le hace falta el corazon de una hermana, crean Vds. que les pertenece y les pertenecerá siempre en tal concepto el de su agradecida,

Virginia.

El anciano apenas pudo concluir esta carta, la emocion le ahogaba.

—¡Ah, Dios la premiará á V. con creces tan noble, tan bella accion! exclamó con entusiasmo. Dios que da ciento por uno, centuplica las dichas del hijo que se sacrifica por sus padres!

—Pero yo no acepto este sacrificio, exclamó Lorenza fuera de sí. ¡Oh, Virginia, hija mia, piensa en tí, piensa en tu porvenir!... Dios manda que dejemos á nuestro padre y á nuestra madre para seguir á nuestro marido....

—Si lo fuera, le respondió Virginia con dulcísimo tono, pero no lo es todavía, y Dios me ha mandado antes la revelacion de su desgracia de V., porque quiere que permanezca á su lado. ¡Sacrificio! ¿Por qué hablar de sacrificio? ¿No me ha enseñado V. que nada hay más dulce que poder ser útiles á las personas á quienes amamos? Lo que hago yo, lo hubiera hecho V., lo hubiera hecho cualquiera de mis hermanos. ¡Esté V. tranquila, madre mia, hace un instante lloraba, ahora, llena de gozo, no me cabe el corazon dentro del pecho! ¡Venga V., mi querida abuela, venid, hermanos míos, confundámonos todos en un estrecho abrazo! Mientras estemos juntos, mientras nos amemos, ¿qué pueden importarnos las contrariedades de la suerte?

¡Oh, los pobres no deben quejarse de la Providencia, supuesto que les deja un corazon capaz de abarcar tan dulces y consoladores sentimientos!

El venerable sacerdote salió de allí edificado; jamás se habia ofrecido á sus ojos una escena más tierna, un cuadro tan inefable de sencillas y puras afecciones!

Hé aquí el episodio de sombras y de luz, que destacaba entre la amarga uniformidad de aquellos dos largos años.

Los dias que se siguieron á aquel memorable dia, fueron más tranquilos de lo que podia esperarse. Lorenza afectaba suma fortaleza, y hasta se chanceaba sobre su estado; Virginia, que tenía realmente el corazon de un ángel, no dejó escapar ni un solo suspiro por su fracasado enlace; Cláudio y Nicolás, queriendo compensar á la una y á la otra sus ocultos sufrimientos, redoblaban sus atenciones, sus demostraciones de cariño.

Acercábase entre tanto la época en que debia efectuarse el concurso público de pintura, época esperada por Nicolás con un ardor inmenso, porque debia ver realizarse su sueño.

Ya sabemos cuál era este sueño: su cuadro alcanzaria el primer premio: algun capitalista, conde, marqués ó príncipe, aficionado al arte, se lo compraria en ocho, diez ó acaso doce mil duros. Entónces buscaria á Genoveva, la devolveria la suma que la adeudaba y la ofreceria su amor. Como era bello y ostentaria en su frente la aureola del génio, la joven aceptaria con entusiasmo el título de esposa suya.

Este era el sueño que acariciaba su fantasía hacia dos años, pero como en el cuento de la lechera, un obstáculo imprevisto vino casi á destruirlo.

Los profesores juzgaron que no debia tomar parte en el concurso.

Cláudio hubiera doblado la frente y se hubiera dejado abatir por la idea de su impotencia; Nicolás se enfureció, y abandonándose á todos los transportes de su cólera, quiso luchar contra el destino y avasallar las circunstancias.

Hizo una exposicion al Director, recorrió todas las oficinas de Instruccion pública y hasta llegó al ministro de Fomento. Pero su noble confianza en sí mismo le enagenaba todas las voluntades, achacándola á necia presuncion, y los mismos que se plegaban á las exigencias de algunos jóvenes fatuos y petulantes porque vestían con arreglo al último figurín, hallaban absurdo y estravagante que aquel oscuro niño proclamase con altivez su suficiencia y su talento. A Cláudio le despreciaban por su modestia, á Nicolás le motejaban por su orgullo.

¡Ay, el que es pobre jamás tiene razon!

Pero Nicolás, que aun no habia entrado en liza con el mundo, tenía vírgenes las ilusiones, y además, segun él decia, gustaba de la lucha.

Una voluntad enérgica hace milagros, y al fin obtuvo el permiso para presentar su cuadro en el concurso, mas ¡ah! que esta victoria debia necesariamente atraerle la venganza de los profesores que componían el jurado.

Trabajó dia y noche para la conclusion de su obra: su febriciente imaginacion, los dolores de su amor contrariado, los tormentos de la pobreza, el afán de rehabilitar su nombre, el deseo de ser útil á su familia, fueron otros tantos agujones para que se desarrollara su génio, para que la inspiracion descendiese á su mente y la iluminara: ¡el cuadro era, pues, una obra maestra; pero el cuadro habia sido rechazado! ¿Qué iba á ser de Nicolás?

Las cuerdas tirantes de un instrumento se rompen; las flojas se dilatan. Cláudio habia caído en la inaccion y el abatimiento; Nicolás debia morir.

Dos dias despues del concurso, habia dos moribundos en la casa de Lorenza: ¡su madre y su hijo más querido!

Ambos estaban tendidos en dos colchones inmediatos el uno al otro, y en medio un piadoso sacerdote, el mismo que habia ido á pedir la mano de Virginia, recitaba las últimas oraciones que debían escuchar sobre la tierra.

El silencio que reinaba en el aposento era turbado únicamente por las palabras entrecortadas que Nicolás pronunciaba en su delirio.

(Se continuará.)

ECOS DE LA CORTE.

En vano el hombre trata de engañarse á sí mismo, aturdiéndose con las fiestas y placeres, entregándose sin cesar á las preocupaciones, á veces pueriles, del momento.

La muerte viene á recordarle de improviso que es polvo y debe volver al polvo, hiriendo en torno suyo á los seres más bellos, más queridos y levantando por todas partes un eco doloroso que le comprime el alma.

Fecunda ha sido en esta época la recoleccion de la fúnebre segadora, y apenas hay familia que no lamente la pérdida de una persona querida.

Una de las que más honda sensacion han causado ha sido la del maestro de la Real Capilla, D. Hilarion Es-

lava, que despues de una vida de azares y artísticos combates, y cuando ya ceñía á sus sienes los laureles de la victoria, ha ido á trocarlos en el cielo por los láuros inmortales de la honradez y la virtud.

Los profesores de música de esta corte, en union con los discípulos del esclarecido maestro, costearon solemnes honras por su alma en la real iglesia de San Isidro.

El oficio y misa de difuntos, obras inmortales del ilustre finado, fueron perfectamente interpretados por la orquesta y cantantes, los mejores que encierra la metrópoli de España, rindiéndose de este modo un digno tributo al que es una de las glorias más legítimas de la patria.

Formaban el duelo, que estaba presidido por el señor Director de Instruccion pública, algunos sacerdotes de la Real Capilla y amigos del inolvidable Esclava, los señores Aranguren, Pinilla, Esperanza, Arrieta y Barbieri, comisiones de todas las sociedades artístico-musicales de Madrid, profesores de música y admiradores del que fué en vida maestro de todos y lumbrera del arte.

Un modesto título, en armonía con las disposiciones del que habia sido modelo de humildad cristiana, se levantaba en el centro de la iglesia, lleno de una escogida y numerosa concurrencia.

La vida, como los terrenos accidentados, ofrece sólo contrastes.

En aquella misma mañana se celebraba el enlace de una de las más bellas señoritas de la corte, que se ha casado con un humilde pintor, llevando ella en dote cien mil duros. Ha sido un negocio arreglado por el corazon, y que por lo mismo obtendrá un éxito brillante. Por fortuna, los padres de la novia, lejos de parecerse á los padres materializados de este siglo, han acogido al artista como á un hijo, siendo sumamente conmovedora la augusta ceremonia, en la cual sólo se hallaban puestos en juego los nobles y generosos sentimientos.

No necesito nombrar á los felices esposos, porque no hay persona en Madrid que no adivine quiénes son, pues ella era muy conocida por sus virtudes y su belleza, y él por las obras valiosas de su génio.

Poco se puede hablar de diversiones públicas, que languidecen al influjo de la época canicular que atravesamos.

En efecto, durante estos dias de riguroso calor, es poco apetecible encerrarse en un teatro, cuando se pueden respirar en paseos y plazas decoradas de árboles los suaves alientos de la noche.

No han sido tan escasas las buenas publicaciones, como se podria presumir del marasmo que produce la pesadez de la atmósfera, y entre ellas han visto la luz, un magnífico tomo de poesías del joven poeta D. Ezequiel Llorach, titulado: *Vibraciones del sentimiento*. Título sumamente adecuado es este, pues se encuentran en el libro estrofas admirables escritas á impulso del corazon, acentos elevadísimos, hijos del númen más vigoroso.

En todas sus páginas resplandece, al par que una sensibilidad exquisita, una moral cristiana digna por todos conceptos de ser recomendada.

En este mismo número hallarán nuestras lectoras una preciosa poesía, por la que podrán mejor comprender el mérito de la obra.

También ha aparecido el segundo tomo de la *Biblioteca de señoras*, siendo el primero de la novela *Inés ó la hija de la caridad*, debida á la pluma de la fecunda é inspirada escritora doña Faustina Saez de Melgar, obra que como en todas las suyas, juntamente con una fábula llena de interes, se desarrollan las máximas de la más sana moral y las más provechosas enseñanzas.

Terminaremos con una buena noticia para los gastrónomos, ya que hemos empezado nuestro artículo tan tristemente.

Egipto, país de las maravillas, país encantado, va á trasformarnos con su mágico influjo en abejas, que viven del néctar de las flores.

Con el título de *Pétalos de rosa confitados*, publica la *Gaceta de la Alemania del Norte* lo siguiente:

«Una dama inglesa, residente en Berlin, ha hecho venir de Alejandría un manjar delicado y fortificante, compuesto de pétalos de rosa, de una clase especial que sólo se da en Egipto y que sólo los concineros de aquel país saben preparar.

La dama en cuestion ha regalado el nuevo manjar a emperador, asegurándose que ha gustado extraordinariamente en la corte.

A consecuencia de esto, una casa de Smirna, que hace el comercio de frutos, empieza á expedir pétalos confitados.

Nada más que su perfume hará abrir el apetito á las personas más desganadas y descontentadizas.»

VÍCTOR CUENDE.



27. Puntilla de crochet y trencilla.

para el entretiempo. Por rico que sea no es propio de esta estación.

En mi casa de campo.—Las sillas de caña se lavan con una esponja empapada en agua tibia de jabon con algunas gotas de amoniaco; luego se enjuagan con agua fresca, mezclada con alumbre, y se ponen á secar al sol y expuestas á una corriente de aire.

Para limpiar los muebles de cualquiera madera, mientras hayan sido barnizados, se hace un polvo compuesto de una tercera parte de albayalde, otra de potasa y otra de ceniza de madera, el todo bien mezclado y pasado por tamiz, y con él se quitan las manchas de grasa y hasta de tinta. Si se quiere barnizar otra vez el mueble, se procede del siguiente modo: se hace una pasta compuesta de una tercera parte de esencia de trementina, otra de potasa, otra de alcohol y un poco de cera virgen. Se toma un poco de esta pasta, se la extiende sobre el mueble con un tarugo de muselina, y se seca frotándola suavemente con un trapo de algodón.

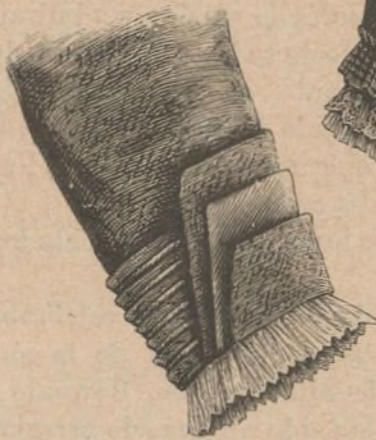
Si las manchas de tinta no han desaparecido, antes de proceder á barnizar el mueble, se recurre al siguiente medio, que es más eficaz. Se frota la

CORRESPONDENCIA.

N. M. — *Vitoria.*—Si no tiene V. una absoluta precision, no debe V. ponerse el vestido que me indica; reservándole



29. Cenefa bordada sobre tejido tricot. (Véase el núm. 37.)



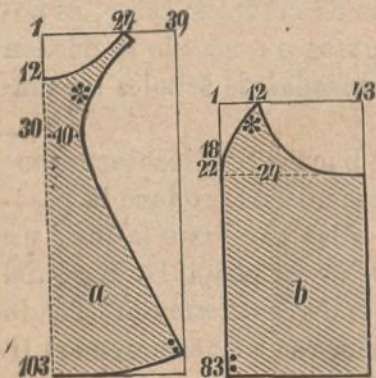
32. Manga para el vestido núm. 31.



34. Vestido con túnica. (Véanse los núms. 32 á 34.)



30. Bolsa para el calzado.



36. Cróquis para el delantal de jardín n.º 9 del Correo anterior.

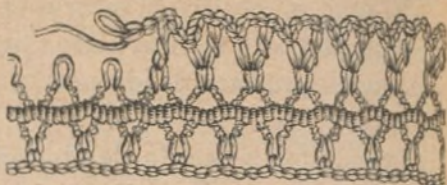
adorno á las artesanas. Las señoras los reservan para el paseo ó los salones. Es V. demasiado jóven y demasiado linda para recurrir á la faya y los encajes.

Una coqueta.—A una cara larga le sienta bien el peinado bajo y los cabellos separados sobre la frente; á una cara corta, el peinado alto y con un lazo en su parte superior.

Explicacion del figurin 1324.

FIG. 1.ª *Traje de visitas.*—El vestido es de cachemir de la India y faya. El cuerpo de aldetas frac. Por de-

tras va drapeado bajo un lazo sobre la falda, por delante está arreglado con tres gruesos pliegues separados por la cintura, sujetos á las



28. Puntilla de crochet y trencilla.

costuras de los costados y que van ensanchando hacia abajo. Desde este punto dos biesses con plisés descienden sobre los paños de costado, formando pliegues oblicuos y á los cuales se pegan los paños de atras, que se completan con dos solapas. Manteleta negra de tul bordada de perlas y guarnecida con ruches de cinta picada y fleco laminé. Sombrero de paja negro, con fondo bullonado, guarnecido con cinta de dos caras y flores de colores vivos.

Este traje es á propósito para visitas de etiqueta, de casamiento, de pésame,

y ninguna señora que vaya á tomar baños á una ciudad populosa como Santander ó San Sebastian debe dejar de llevarlo reservado para los compromisos que se ocasionen.

FIG. 2.ª *Traje de visitas y paseo.*—

El vestido es de cachemir de la India, color de almendra, con mangas, plaston plegado, cintura y cola añadida de faya de tono más oscuro. La sombrilla es del color del vestido, adornada con un fleco perlado.

Sombrero de gasa azul con el ala levantada y orillada de perlas, guarnecido con lazos de gasa y cinta de faya y una rosa sin follaje.

FIG. 3.ª *Traje para niño.*—Vestido princesa con el paño de atras plegado y paletot, todo de lana gris á cuadros, guarnecido de biesses de tono más oscuro. Los bol-

sillos y el cuello marinero son de faya. Sombrero de paja con cinta de faya negra rodeada á la copa.

35. Vestido con paletot.



37. Sillon de tijera para jardín. (Véanse los núms. 33 y 29.)



34. Cróquis para la túnica núm. 31.

Las señoras que deseen adquirir los excelentes corsés-faja, que fabrica Mme. Grand, Espoz y Mina, 11, tienda titulada *La Guirnalda*, deben enviar las siguientes medidas:

- 1.ª Medida de cintura justa sobre la camisa, ó sea sin ropa, sin rebajar nada.
- 2.ª Medida de pecho, todo alrededor, comprendiendo la espalda.
- 3.ª Medida de cadera, todo alrededor, comprendiendo el vientre y la espalda.
- 4.ª Medida de alto del corsé donde ha de llegar en el pecho hasta el final del vientre.

NOTA. Cuando las medidas estén tomadas sobre otro corsé, será preciso advertirlo á fin de no alterarlas.



38. Cenefa bordada en tela tricot de hilo para el sillón núm. 37.

Arabescos y hojas:

reseda

reseda claro,

reseda mas claro,

madera.

Para las flores: negro,

habana,

rojo,

reseda,

azul claro,

azul más claro.